

EL GRITO

EDUARDO BECHARA ARCURI
&
EDUARDO BECHARA NAVRATILOVA

EL GRITO



© 2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia.
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© Eduardo Bechara Arcuri
eduardobecharaarcuri@gmail.com
© Eduardo Bechara Navratilova
www.eduardobecharanavratilova.com

Colección Narrativa *Jugué mi corazón al azar*
Homenaje a José Eustasio Rivera

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Imagen de portada: pintura del Doctor Juan Luis Moretti,
Médico Tisioneumonólogo Universitario
Diseño de portada: Manuela Córdoba & Tatiana Bedoya
Logo de la colección: Manuela Giraldo Zuluaga y Tatiana Bedoya
Diagramación y diseño del interior: Juliana Saray Ramírez

ISBN: 978-958-53831-4-2

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los autores o la editorial.

Es el hombre que, bastón en alto como para subrayar pacíficamente sus palabras, habla de la república, de los deterioros que no deben volver a repetirse, “de las ideas que no se matan”, y venera a los grandes de la historia que nutrieron al país. Como defensor de la verdad dijo una vez que “un gobernante es un servidor”, y le valió la cárcel. También cuenta con emoción (y con una sonrisa), otro episodio. Fue cuando “me vinieron a detener por esconder armas en el diario”. Ante el estupor de quienes iban a detenerlo dijo: “Sí, es cierto”, y abrió el cajón de su escritorio, tomó su lápiz y enarbolándolo contestó: “Esta es mi arma...”. La sonrisa se transforma en risa cuando explica: “Mi ironía los llevó a pedirme disculpas...”.

Ahí va el director de “La palabra”, dicen en San Pedro. “Es un ex gran bailarín, un elegante muchacho que tuvo siempre la pasión del periodismo”, testifican quienes lo conocen de años. Con don José no se puede hablar —o contemplarlo—, aunque sea imperfectamente, sin que de ello resulte algún provecho. Es realmente un héroe del periodismo del interior. “La única cruel realidad, por lo que se refiere a los héroes, es que están hechos de carne y hueso”.

El periodismo como pasión, Raimundo A. Orlando, con respecto al periodista José Bechara Arcuri. Revista del diario La Nación. Argentina, 17 de diciembre de 1978.

1.

Las hojas de los fresnos caen rápido en otoño. Más rápido que las de los paraísos y los robles. El viento las sopla y van a parar a las puertas de los locales de ropa, farmacias y locutorios. Forman una hojarasca que comienza a descomponerse.

Era mitad de abril en Lanús, conurbano de Buenos Aires. Un día normal. Inflaba mis pulmones (o lo que había quedado de ellos) con el viento que recorría las calles. Bajé por General Rodríguez y caminé por Presidente Sarmiento al 1200, en dirección a mi laboratorio de medicamentos veterinarios. La vida es una fiesta, pensaba. Hacía poco acababa de salvarme de una fibrosis pulmonar, los médicos la detectaron a tiempo y extirparon la parte del órgano derecho que estaba afectada. En la base del pulmón izquierdo también me extirparon un tumor. Terminé con un poco más del cincuenta por ciento de mis pulmones para respirar. Sobrevivir a la enfermedad me había reverdecido los ojos con los que se mira el mundo. Repetía en mi cabeza

los versos de Almafuerte que a papá tanto le gustaban: «No te des por vencido ni aún vencido».

Doblé por Coronel Pringles y al llegar a la esquina de Vicente Damonte, Pepe me detuvo. Como todos los días, me habló sobre los pedidos de trabajo que había hecho para su hija al Intendente Municipal Manuel Quitilipi. Treinta años habían pasado ya, desde aquella reunión en la que «el caudillo» le había prometido un trabajo.

—¿Usted lo sigue votando?

—Él me hizo una promesa.

—Don Pepe, don Pepe, la gente espera años, a veces espera toda una vida, a que un político le cumpla una promesa.

Terminé de recorrer las escasas cuadras que separaban mi casa del laboratorio Intersey, saludé a otros vecinos, llegué hasta el portón alto por el que entraban y salían los camiones cargados con los productos veterinarios, abrí la puerta lateral que comunicaba a la recepción y entré. Subí la escalera con paso firme hasta las oficinas, me acomodé en mi sillón, reordené mi escritorio, di un vistazo a la foto de Sisí y mis tres hijas en la playa de Canasvieiras, Brasil, y apreté el botón de *play* en el contestador telefónico. Silvina me contaba que había aprobado Farmacología en la facultad de Medicina.

Transcribí los pedidos que los veterinarios habían grabado la tarde anterior, le dejé las instrucciones a Nardela, la recepcionista y bajé al depósito. Revisé las góndolas con los productos terminados, las de los productos semiterminados y al fondo los cuñetes de droga y las maquinarias. Carlitos y Beto, mis empleados, escuchaban la radio junto a la mesa de preparación de pedidos: el periodista decía que el mercado se había levantado intranquilo. Argentina

estaba renegociando su deuda externa y había un malestar general, era posible que el dólar subiera de valor y con ello la deuda.

Después de más de treinta años de experiencia, los sacudones propios del mercado veterinario eran para mí pequeños vaivenes. En todo ese tiempo había visto pasar innumerables ministros de economía. Con cada gobierno, el funcionario de turno cambiaba el plan del anterior y el mercado se estremecía. De últimas te descapitalizabas, debías hacer un esfuerzo para volver a rehacer el *stock* y necesitabas hacer un manejo financiero para preveer futuras devaluaciones. Como era así de forma cíclica, todo seguía igual.

Me parecieron paranoicas las expresiones de los economistas que le daban vida al mercado de valores como si fuera una bestia a la que había que temer o un nuevo Dios al que no convenía enojar porque podríamos desatar su ira.

Me puse el guardapolvo blanco, la cofia, lo até detrás de mi cabeza, coloqué las gasas a mis zapatos y entre al sector de envasado.

—Le traje estas antigüedades —me dijo Carlitos pasándome unas herraduras.

—Parecen viejas, de percherones —respondí.

También me traía unos estribos contemporáneos, arrojados al rincón de la lluvia para que se vieran oxidados. Vaya uno a saber quién calzó esos estribos y en qué torcida encrucijada los había perdido. Apreciaba sus regalos y su ingeniosa labor anticuaria y tradicionalista.

—¡Qué Dios lo bendiga! ¡Qué Dios lo bendiga! —exclamó Beto.

Por lo general me bendecía, señalando con el índice hacia el cielo.

—Lo que me gusta de los evangelistas es que son personas altruistas —respondí.

—Tómese un mate —tendió su mano.

La bombilla tenía un halo de restos de galleta que jamás limpiaba y con el tiempo había formado una costra pegada al metal. Beto era corto de vista y lucía unos anteojos con lentes de culo de botella. La harina apelmazada de las galletas y la falta de limpieza había formado caries en sus muelas. La ausencia de sus dientes incisivos le daba un aspecto desagradable. Vivía en Guernica, una ciudad donde cohabitan las casas quintas junto a las viviendas de gente pobre.

—Tengo dolor de estómago —mentí retirando la vista de la bombilla—. Recuerden que hay que agitar la formulación en el tanque de acero inoxidable, encajar los *blísteres* de cefalexina y acomodar el *stock*.

Subí hasta la oficina. Nardela me informó que el doctor Saad estaba en la recepción. Nos saludamos con un abrazo. Dejé el laboratorio marchando y partimos en su auto para Tercer Tiempo. El ritmo de la media mañana con las calles transitadas y las personas entrando y saliendo de los locales nos acompañó hasta el negocio de mi yerno.

Tercer Tiempo era un nombre que me gustaba. Tal vez por aquello de confraternizar después de la contienda. Entramos y pedimos sándwiches y cafés dobles. Siempre hablábamos más de la existencia del hombre que de negocios. Él me comentó su plan de criar chinchillas y yo le comenté que el local en el que estábamos era de una cooperativa israelita de crédito para la vivienda.

—Mirá, amiga, una de esas baldosas será retirada pronto por altos dirigentes de la cooperativa. No sé qué hay debajo.

Supongo que será algo así como una piedra fundadora. Vendrá un rabino que maneja toda el área. Algo así como una tercera sección electoral en política. ¿Me entendés?

—¿Cómo sabés todo eso?

—Porque me lo contó Damián. A él se lo dijeron cuando alquiló el lugar. Será un acto sagrado, importante para ellos, va a realizarse en los próximos días. ¿Mirá Saad, ves las ventanas?

—Sí, forman una estrella de seis puntas, la estrella de David, son dieciocho en total.

—Cuando le pregunté al padre de Damián por qué habían hecho la inauguración de Tercer Tiempo con un conjunto de danza árabe, me explicó que lo hacían para que la gente de Lanús, tan acostumbrada a que el lugar fuera de los judíos, cambiara de percepción. El evento fue muy bueno. Las odaliscas se movieron sinuosas ante muchísimos invitados.

Seguimos hablando mientras los dos mirábamos cómo se poblaban las mesas del café. Dos o tres veces nos interrumpió el timbre del celular, cada vez que la empleada del laboratorio me solicitaba autorización para cursar algún pedido.

Terminamos los sándwiches y Saad me llevó al laboratorio. Me felicitó por el exitoso emprendimiento de mi yerno y prometió regresar en treinta días para repetir el café.

Subí la escalera. Nardela se sorprendió. Escondió el esmalte con el que se pintaba las uñas.

—Llegó por fax la confirmación de compra de tres productos para Fort Dodge filial México —dijo.

—Lo estaba esperando. Armemos la carpeta de producción y saquemos los cálculos. Este pedido supera la facturación de

antiparasitarios internos de nuestro laboratorio en todo el territorio argentino.

Tomé el fax, entré a mi despacho, bebí un vaso de agua, me senté en el sillón y leí el pedido con el que Carlos Muñoz Saavedra, el *country manager*, confirmaba lo tratado con anterioridad en D.F., en uno de mis viajes comerciales. Ordené los papeles, busqué la carpeta de producción y comencé con los cálculos de inversión. Según las cifras, ese 2004 iba a ser un año espectacular.

El teléfono sonó y Nardela me pasó la llamada de Ernesto Liberman, el gerente de Pfizer.

—Eduardo, llamaba para agradecerte el delicioso asado que comimos en el quincho de tu casa hace una semana.

—Cuando quieras lo repetimos.

—He visto a tus hijas en televisión. Juegan vóley en Boca Juniors. Eleana y Yazmín fueron entrevistadas por canal veinte.

—Sí, están jugando en División de Honor.

—Te felicito, che.

—Gracias, Ernesto. Estamos viviendo momentos muy felices. Con Sisí viajamos siempre para verlas jugar. Silvina está sacando notas estupendas en Medicina. ¿Te acordás de ella? Es la que jugaba vóley en el club Lanús.

Colgué y volví a los cálculos. Un paisaje precioso componía el cuadro de nuestra familia y un orgullo masculino me corría por las venas. La vida era puro manjar, «*halva*», hubiera dicho mi padre. Me embriagaba con su *blend* delicioso.

Pedí una tortilla española al *delivery*. La comí haciendo multiplicaciones en la calculadora. Por la tarde hablé con algunos clientes y proveedores, hice los pedidos de *stock* de reactivos y de drogas base, los cálculos de producción para

el día siguiente, y revisé los contratos de exclusividad que tenía con distribuidores de las provincias y representantes mayoristas en la Ciudad de Buenos Aires.

Hacia las seis de la tarde se despidió el último de los empleados y cerré el laboratorio. Volví por Sarmiento hasta Rodríguez frente a las tiendas de ropa, locutorios y estaciones de servicio. Néstor Falcciani, contador de Mauricio Macri; el presidente de Boca Juniors, le cargaba nafta a su KIA premium último modelo. Incliné la cabeza en dirección a él y me devolvió el saludo de forma deferente.

Con el caer de las hojas, las ramas de los árboles parecían brazos abiertos haciendo ofrendas al cielo. Un vareo de palomas mensajeras daba vueltas en círculo antes de lanzarse en picada a su palomar. «Yo también regreso todos los días al calor de mi nido», pensé.

Desde la esquina de la calle Anatole France alcancé a ver el humo que salía de la chimenea. Sisí la había encendido. Ese humo siempre me generaba la sensación de llegar al calor de casa. Abrí la reja de entrada y crucé el jardín. Las hojas de la *cyca* revoluta seguían imperturbables a pesar del frío. La santa rita estaba perdiendo sus últimas flores fucsias. Saqué del buzón las facturas de servicios junto a una lista de *delivery* de pizzas. Abrí la puerta de cedro, entré al *hall* y caminé sobre el porcelanato claro. Se extendía hacia el living, el comedor y los ventanales dispuestos hacia el parque. Besé a Yazmín en la cabeza. Estaba haciendo un trabajo de Biología en la computadora ubicada bajo el triángulo de la escalera.

—¿Cómo te va en el colegio, hija?

—Bien, pa.

Atraído por el aroma a laurel, seguí hasta la cocina. Sisí hacía un estofado. Mezclaba la salsa de tomate con especias

en una cacerola. La besé en la boca y la miré a los ojos. Ella los retiró.

—¿Qué te pasa?

—Nada, es la cebolla, me hace lagrimear.

Como todos los jueves, crucé el quincho y me dirigí al parque. Coloqué el rociador en el césped, aboné el liquidámbar y junté sus hojas. Me encantaba la luminosidad que adquirirían al cambiar de verde a rojo. A su lado había puesto un yingo bilova, un árbol típico japonés. Sus hojas amarillas contrastaban con las rojas. El ciprés piramidal y el ciprés limón, aún lucían sus hojas verdes junto al esquelético roble americano. Desde chico, una de mis pasiones había sido jugar con los diferentes colores de las hojas de los árboles. Terminé de arreglar los arbustos, volví a la cocina y le di alpiste al canario. Sisí estaba terminando de sellar la carne. Eleana y Silvina entraron, inclinaron sus mejillas y les di un beso.

—Te felicito, Silvi. Farmacología es una de las difíciles.

—Cirugía es más difícil. Esa es la próxima que tengo que rendir —me dio la espalda, caminó hacia la puerta y me dejó con las palabras en el aire.

—Bueno, pero hoy brindemos por Farmacología, mañana nos pondremos a estudiar Cirugía —alcancé a decirle—. ¿Qué le pasa a Silvina?

—Está nerviosa —me contestó Sisí.

—¿Y a vos cómo te fue en el parcial de Psicología?

—Saqué ocho, papá —respondió Eleana con desgano—. ¿Por qué estás tan inquisidor? ¿Por qué preguntas todo? —salió detrás de su hermana.

—¿Qué les pasa a las chicas?

—Nada, mi amor, no pasa nada. Hay días y días, también ellas tienen sus problemas.

—Ay, Sisí, qué cosa esta, la del silencio de las mujeres.
¿Todo bien?

—Claro, claro. Todo bien.

Me lavé las manos. Abrí la alacena para buscar algo. No me acordé qué era. Subí a mi dormitorio, me cambié de ropa y me puse las pantuflas. Sisí llamó a cenar varias veces. Bajé y las chicas aún no habían llegado a la mesa.

—¿Las chicas no van a cenar?

—¡Chicas, a cenar! —insistió.

Dejaron de hacer lo que estaban haciendo, llegaron con desgano y se miraron entre ellas.

—¿Les pasa algo o me lo estoy imaginando?

—Bueno, bueno, Eduardo, dejemos las preguntas para otro día. Vamos a comer —me interrumpió Sisí.

Nuestras cenas se caracterizaban por las largas sobremesas. Charlábamos sobre el estudio, el trabajo y los partidos de vóley. Esa noche ninguna quiso postre.

Subí y me puse el pijama. Lavé mis dientes con calma y me acosté. Sisí acomodó las almohadas, puso el despertador y se acostó a leer *La novia del torero*.

Cerré los ojos e intenté conciliar el sueño. Di vueltas para un lado y para el otro, hasta que ella cerró el libro, apagó el velador, se acomodó entre las frazadas y me dio la espalda.

—Sisí, ¿qué está pasando? Las chicas siempre comen postre.

—Eduardo, es tarde, vamos a dormir.

2.

Me levanté con algunas piedras entre las costillas. Apoyé un talón sobre la alfombra y me puse de pie con lentitud para no exacerbar el dolor en mis cervicales. Pasé un tiempo en la ducha. El silencio de las chicas me golpeó sobre la nuca. Sequé mis hombros con calma, pasé el peine por mi cabeza y desempañé el espejo. Mis ojeras estaban un poco más acentuadas. Tomé los remedios para mis enfisemas pulmonares, anudé la corbata, me puse un saco azul y me apliqué un poco de Jean Paul Gaultier. El aroma del perfume quedó flotando en el ambiente. Bajé a la cocina. Sisí tenía el desayuno listo sobre la mesa. Le di un beso y me senté. Le unté el queso y la mermelada a la tostada, le di un bocado y bebí un sorbo de café con leche, más café que leche, así como me gustaba.

—¿Contra quién juegan las chicas mañana?

—River Plate.

—No me acordaba que jugaban contra River.

—No prestás atención. Te lo dije el otro día —replicó Sisí.

—Algo raro pasa; y no me lo estás diciendo.

Ella acarició mi mejilla, me dio un beso y metió su sonrisa en mis ojos.

Terminé el desayuno, recogí el periódico, cerré la puerta, respiré el aire fresco y me dirigí al trabajo. El titular decía: *Secuestro en Merlo*. Lo ojeé camino a la oficina. La mujer del dueño del supermercado Nine había sido raptada cuando llevaba a sus hijas al colegio.

Repartí las funciones como siempre lo hacía, tildé el fembendazol, los demás insumos requeridos para fabricar los antiparasitarios que íbamos a exportar a México, y revisé las cuentas. Damián llegó a verme.

—Eduardo, tengo que hablar con vos —dijo con cierto nerviosismo.

—Sentate. Decime, ¿qué pasa?

—Sisí y las chicas no te quieren amargar —añadió con la mirada un poco perdida—. No quieren que te preocupes, pero hay algo que vos tenés que saber.

—¿Qué pasa, Damián?

—Mirá, hace una semana que unos tipos están jodiendo por teléfono —golpeteó la tapa del escritorio con los dedos.

—Explicame bien. ¿Quiénes?

—No sé, habla con Sisí.

—Damián, decime —fruncí el ceño.

—Yo mismo no sé bien —se acomodó el pelo largo y movió la pierna hacia arriba y hacia abajo como si tuviera un temblor permanente.

—¡Vamos a casa!

Me quité el guardapolvo, salimos del laboratorio y caminamos con prisa por las calles. La temperatura había bajado. Damián no pronunciaba palabra. Entré a casa, caminé

directo a la cocina y llamé a Sisí. Ella preparaba un mate. Siempre hacía eso cuando teníamos que hablar.

—¿Qué pasa, Sisí?

—No es nada importante. Vos no te hagas problemas.

—No me lo escondas. Decime, ¿qué pasa?

—Hace unos días llaman por teléfono y molestan con preguntas.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¿Por qué siempre soy el último en enterarme?

—No te quería preocupar, mi amor. Vos estás muy ocupado.

—¿Qué preguntan? ¿Quiénes son?

—Personas que no conocemos. Distintas personas. Es algo raro —subió las cejas.

—¿Qué dicen? —pregunté alarmado.

—Preguntan por las chicas.

—¿Cómo? ¿Es alguien que las pretende? ¿Algún novio despedido?

Damián escuchaba en silencio con la mano en el mentón.

—No. No creo.

—¿Entonces quiénes son? ¿Cuándo llaman? ¿A qué horas?

—A toda hora, Edu.

Me serené. Tomé aire y traté de pensar. Sisí bebió un poco de mate y me miró esperando la respuesta.

—¿Siempre son hombres? —pregunté.

—Sí.

—¿Y qué dicen?

—Que quieren tomar el servicio. Cosas así.

—¡Pero, Sisí! ¿De qué me hablás?

—Hoy llamó uno con tonada mexicana.

—Habré impostado la voz como si fuera mexicano. ¡Estamos en Argentina!

—Si yo te digo que era un mexicano, era un mexicano —replicó con voz firme—. Ocurrió hace un rato. Le pregunté de dónde llamaba. Me explicó que vendía cremas para masajes y que está haciendo reuniones con masajistas para promocionar sus cremas en el salón de la Sociedad Unión Italiana en la calle Anatole France mil ochocientos treinta y cuatro.

—¿Anatole France, qué número?

—Mil ochocientos treinta y cuatro.

—Vos quedate en casa. Yo voy a averiguar con Damian.

Salimos a la calle y nos subimos al Chevrolet Fleet Master negro año mil novecientos cuarenta y siete de Damián, que por su forma y color era apodado “La cucaracha” por sus amigos.

Estábamos indignados. Sentíamos nuestros músculos tensos. Por el modelo y la forma del auto, parecíamos los protagonistas de *Los intocables*, una vieja serie norteamericana donde los justicieros iban en busca del villano. Damián aceleraba con fuerza, daba volantazos hacia uno y otro lado, tocaba la bocina y los demás autos le abrían paso.

—Escuchame, Damián, por favor, manejá con calma, tranquilo.

No respondió. Sus gestos estaban endurecidos. Su cara parecía tallada en piedra. Estacionamos a media cuadra.

—Vos quedate unos pasos detrás mío. Yo lo encaro y según lo que pase, ya sabés que hacer.

Damián jugaba al vóley desde hacía años, seguramente para acercarse a Eleana, así como yo me había hecho juga-

dor de Independiente para acercarme a Sisí. Era alto, fuerte, jugaba de punta y sus bíceps eran anchos.

En la entrada de Anatole France 1834, dos jóvenes, de muy poca altura, regenteaban el ingreso a un gran salón lleno de butacas atestadas de mujeres. Todas esperaban que comenzara una presentación. Entramos al *hall* y un hombre amable de traje celeste claro con el pelo bien peinado se acercó a nosotros.

—¿Vienen a la conferencia? —preguntó con una tonada mexicana.

—¿Por qué llamó a mi casa? —lo inquirí—. ¿Qué quiere? ¡Hable ya!

—Oye, amigo, no sé de qué me estás platicando. Yo vendo cremas nada más, cremas emolientes e hidratantes para el cuerpo.

—¿Cómo es que tiene mi teléfono?

—Llamé a varios lados. Aproveché los volantes que están pegados en las cabinas telefónicas de la Nueve de Julio. Sólo quiero vender mis productos —aclaró.

—¿De qué aviso me hablas?

—Del de masajistas. ¿Acaso su casa no es una casa de masajes?

—¿Mi casa una casa de masajes? ¡Por favor! Es un hogar, una casa de familia —negué con la cabeza—. ¿Dónde dijo que sacó usted el teléfono?

—Como le dije, lo saqué de los volantes que están pegados en todos los teléfonos públicos. Aquí cerca, a la vuelta de la esquina. —Señaló la avenida—. Aquí tiene mi tarjeta. Yo represento a una buena empresa.

Damián y yo caminamos de forma apresurada hacia una de las calles más comerciales y transitadas de Lanús.

—¡Vos, Damián, por una vereda, yo por la otra!

Papeles con avisos de venta de todo tipo ensuciaban el interior de las cabinas telefónicas. Prostitución con fotos de mujeres y sus teléfonos, arreglos de electrodomésticos y declaraciones de amor con corazones flechados, eran los más visibles. Entre ese mundo de «cambalaches», a la altura de mi vista, estaba pegado el pequeño volante con nuestro número telefónico, la dirección de nuestra casa, los nombres de Eleana y Yazmín, y una anotación que decía: “MASAJISTAS RELAX 24 HORAS”.

Lo despegué indignado. Enterré mis uñas en el papel adherido al acrílico. Damián hacía lo mismo en la cabina de la vereda de enfrente. Nos cruzamos la mirada y asintió con la cabeza en señal de que él también había encontrado algunos. Fuimos cabina por cabina despegándolos. Junté media docena en diez cuadras. Damián hizo lo mismo.

—¡Qué indignación! ¡Pero qué hijos de puta! ¿Cómo pueden hacer esto? —le dije de vuelta en el auto—. ¿Vos, qué pensás? —Permaneció en silencio—. ¿Te parece que será por Tercer Tiempo?

—No. No creo.

—¿Alguna jugadora de vóley que pueda estar enojada?

—No.

—Tampoco creo —reflexioné.

—¡Si averiguo quien hizo esto, lo mato! —exclamó con los puños cerrados.

Lo percibí al borde de explotar. No insistí con más preguntas. Al llegar a casa encontramos a Sisí sentada en los sillones del *living* con las chicas. Se los dimos.

—¿Quién los habrá puesto ahí? —preguntó ella con los volantes en la mano.

—Sin duda quien lo hizo es un tarado. Un irresponsable. Todavía no sé quién es, pero lo voy a averiguar. Si es alguien que quería hacer una broma de muy mal gusto, no debió haber puesto la dirección. ¿Sabés la cantidad de depravados que hay en las calles?

—Sí, ese es mi miedo —Sisí bajó la vista.

—Si algún enfermo lee este aviso puede venir a esperar a las chicas a la salida.

—Yo ya presentía que estábamos frente a algún riesgo.

—Mi nombre está mal escrito, no es con J sino con Y —dijo Yazmín.

—Están los nombres de Yazmín y Eleana. Yo no aparezco —dijo Silvina con uno de los papeles en la mano.

—Tanto Yazmín como Eleana pasan las tardes detrás del mostrador de Tercer Tiempo. Silvina no. ¿Podría venir por ahí? —pregunté.

Ninguna respondió. Damián insistió que no. Nos quedamos revisando los avisos, el tipo de letra, si habían sido escritos a máquina o hechos en una impresora a chorro de tinta. Concluimos que fue con una impresora.

El teléfono sonó y los tres nos miramos. Permanecemos en silencio y corrí a levantar el auricular.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Cuánto sale el servicio? —dijo un hombre del otro lado.

—¿De qué servicio hablás?

—Completo.

—¡Completo las pelotas! ¡Te las voy a cortar, hijo de remil putas! ¡Y la reputa madre que te parió!

Partí el auricular contra la base del teléfono, me fui a sentar a la mesa de la cocina y crucé los brazos.

—¿En qué quilombo estamos metidos?

Sisí llegó a mi lado.

—Hay que serenarse, Eduardo —pasó la mano sobre mi cabeza—. ¿Querés un mate?

Puso la pava al fuego.

—Tenemos que sacar todos los volantes que estén pegados en la avenida.

—Hay que estar atentos al entrar y salir de la casa —indicó.

—No creo que el pelotudo que hizo esto siga con esta barbaridad. No debo exasperarme.

Le puse azúcar al mate, lo tomé en mis manos y volvimos al *living*. Sisí apoyó su mano sobre mi hombro. Las chicas me miraban de forma ansiosa, querían ver mi reacción.

Silvina se mostraba pensativa, Eleana explosiva y Yazmín asombrada.

—Ya saben, tienen que estar atentas durante un tiempo por si algún depravado anda merodeando —advertí—. Esto será por unos días. Sin los volantes las llamadas tienen que terminar.